

El empleo como aspiración y la precariedad como práctica: Experiencias de trabajadoras de una planta social de clasificación de residuos

Cecilia Cross*

Introducción

Desde mediados de los 70, a partir de la crisis de la sociedad fordista, la condición de “trabajador/a” como posición en el mercado de trabajo y condición subalterna dejaron de pensarse en mutua correspondencia. Por un lado, debido a la heterogeneización en los modos de movilizar la fuerza de trabajo, fundamentalmente mediante un proceso de creciente precarización. Por otro, debido a que la hipótesis evolucionista de la sociedad industrial, según la cual toda forma social y productiva tendería a la emulación de los grandes establecimientos manufactureros, entró en crisis junto con el “americanismo”, dejando un espacio abierto a la comprensión de lo múltiple y lo diverso en sus propios términos (Fraser, 2000).

En Argentina, la mayor parte de los/as analistas coinciden en señalar los años de la última dictadura como el inicio de ese proceso de precarización en la Argentina, profundizado en los '90, el cual habría erosionado la capacidad de la clase trabajadora como sujeto político, contribuyendo a la desafiliación de los sectores populares (Merklen, 2005) o su descolectivización (Svampa, 2005). Desde un enfoque que postula la continuidad entre subjetividades (políticas) y prácticas (laborales), la precarización se describe en contraposición a un punto de partida de plena integración social, situado a inicio de los 70, en el que predominaba salariado industrial, políticamente identificado con el peronismo y organizado sindicalmente (Svampa, 2005; Merklen, 2005; *et al*).

Siguiendo esta línea, en la mayor parte de los estudios abocados al estudio de personas que se dedican al reciclado de residuos urbanos se caracteriza a esta población como emergente del proceso de precarización del empleo de los años '90 (Schamber y Suárez, 2002; Shammah, 2007; Paiva, 2008, *et al*). Por su parte, los programas sociales los encuadran en las poblaciones vulnerables definidas por su “inempleabilidad” para las cuales se alienta el autoempleo a través de la “economía social”.

En esta ponencia problematizamos esa caracterización a partir de una investigación realizada con trabajadores/as de “Eco Solidaridad”¹, una planta social de clasificación y venta de residuos sólidos urbanos emplazada en el relleno sanitario Zona Norte III del CEAMSE. La

*Investigadora Ceil-Piette (Conicet). Email: ccross@ceil-piette.gov.ar

1 Tanto el nombre de la cooperativa como el de los/as entrevistados/as son de fantasía para honrar el compromiso de confidencialidad asumido en esta investigación.

investigación realizada nos llevó a poner en cuestión, en primer lugar, la hipótesis de un mundo del trabajo homogéneo y con plena integración social en la Argentina de los años '70. En segundo lugar, la continuidad lineal entre subjetividades y prácticas, ya que hemos relevado que el empleo asalariado ha sido tan excepcional en las trayectorias laborales de los/as actuales trabajadores/as –muchos/as de ellos/as quemeros/as- como en las de sus padres/madres y abuelos/as. Sin embargo, el discurso del empleo a tiempo completo y con beneficios sociales como máxima expresión del “trabajo digno” está presente como expectativa o aspiración. Esta tensión –aparente- pone de manifiesto la necesidad de revisar el modo en que enfocamos la caracterización de las personas que trabajan en mercados de trabajo secundarios en general, y de los/as recicladores/as urbanos/as en particular.

Para avanzar en ese sentido, esta ponencia explora la construcción de los marcos de sentido sobre los que se asienta esta configuración discursiva a partir de los relatos de vida de dos trabajadoras, recuperando las herramientas analíticas que brinda la crítica feminista a los estudios culturales (Scott, 1991).

Los resultados que aquí se presentan son producto de una investigación cualitativa (Vasilachis de Gialdino, 2006) comenzada en 2003, que tiene continuidad a la fecha a través de un proyecto PICT y un proyecto PIP². Para su realización se han combinado herramientas tradicionales de este enfoque con otras vinculadas a la investigación acción (Gustavsen, 2008), por lo que en este texto se trabajan tanto fuentes secundarias y entrevistas, observación y análisis documental como registros de talleres participativos.

Partiendo de que la investigación cualitativa no busca verificar teoría sino crearla, este texto se ha estructurado para dar cuenta del proceso en el que se sustenta. Por ello, al principio se presentan las herramientas analíticas con las que trabajaremos los datos. Luego, se introducen en modo general las condiciones que conforman el mundo de la vida de las personas entrevistadas. Posteriormente se trabaja con los relatos de vida de dos trabajadoras seleccionados para mostrar heterogeneidades y continuidades en sus modos de situarse socialmente. Hemos seleccionado a dos mujeres jefas de hogar que residen hace varios años en la zona porque, para evitar esencialismos, interesa señalar la singularidad aún entre las mujeres, aún entre quienes son pobres, aún entre las jefas de hogar con hijos/as a su cargo

² Me refiero al proyecto PICT “Desempleo y política social. Un estudio de casos múltiple sobre el desarrollo de capacidades colectivas a partir de la gestión local de programas sociales y emprendimientos productivos en el municipio de General San Martín” bajo mi dirección y el proyecto PIP “Lidiando con la solidaridad y el mercado. Un estudio etnográfico de emprendimientos y encadenamientos productivos de la ‘economía solidaria’ en Argentina” del cual soy codirectora.

(Scott, 1996). Finalmente se retoma la pregunta de partida y se presentan las proposiciones teóricas a las que da lugar este trabajo.

1. Clases y experiencias.

El debate acerca de la experiencia tiene una larga tradición en la teoría social, cuya explicitación excede los propósitos de este trabajo. Sin embargo, más allá de la postura que se adopte, el concepto de experiencia alude a ese punto –inaccesible en modo directo, aunque imaginado- en el que las percepciones –aquello que nos pasa como organismo vivo- se simbolizan y por tanto pueden hacerse conscientes (Throop, 2003).

Ahora bien, si la experiencia es inaccesible en modo directo ¿cómo será posible relevarla? Recuperando a Ricœur (2004), consideramos que en el “acto de narrar” se ponen de manifiesto los marcos de sentido que permiten articular, situándola temporalmente, la experiencia humana, a través del proceso de “elaboración de la trama” que permite articular un discurso. En esa articulación las personas se sitúan frente a otras personas y a los objetos, estableciendo su modo específico de ser-en-el-mundo a través de las representaciones que construyen acerca de sí y de aquello que las rodea. Estas representaciones no son “ideas flotantes que se mueven en un espacio autónomo”, sino “mediaciones simbólicas que contribuyen a la instauración del vínculo social” (Op. Cit: 175). Las referencias a estos marcos de sentido se ponen de manifiesto, particularmente, en la *justificación* y en la puesta en juego de *pruebas de calificación* mediante las cuales la acción se evalúa en contraposición con principios que rigen la moral de ese sujeto, reconociendo o negando sus *capacidades* y por tanto su *responsabilidad* (más allá de su intención) (Op. Cit. 176).

Esa simbolización se produce contraponiendo esa percepción con marcos significativos constituidos a lo largo de nuestra vida que no pueden pensarse *a priori* de los vínculos establecidos con quienes nos rodean. De este modo, la subjetivación no ocurre sólo frente a nuestra consciencia –como en el *cogito* cartesiano- sino también frente a ese conglomerado difuso al que llamamos sociedad, integrada precisamente por otros/as semejantes y diferentes. Por ello, el concepto de experiencia supone no sólo la existencia de *otros* sino también de *otros situados socialmente* quienes nos confirman como sujetos, pero también como desiguales (Throop, 2003).

El concepto de experiencia como modo de comprender la configuración (históricamente situada) de las clases trabajadoras ha sido fuertemente impulsado por la escuela de estudios culturales en Inglaterra. Esta escuela propone construir un puente entre las determinaciones estructurales de la clase y su formación cultural (Hall, 1980).

Uno de sus fundadores, Raymond Williams, propuso trabajar con el concepto de estructura del sentir que, según el mismo señaló, también se podría haber llamado “estructura de experiencias”. Rompiendo en modo definitivo con las teorías del *rational choice* y con el concepto del individuo racional (cartesiano), plantea el error de contraponer “sentimiento” y “pensamiento” y propone analizar el “pensamiento tal y como es sentido y sentimiento tal y como es pensado”, lo cual daría lugar a “una conciencia práctica de tipo presente, dentro de una continuidad viviente e interrelacionada” (Williams, 1977: 154-155).

Por su parte, E.P. Thompson (1963: 64) definió la clase como “un fenómeno histórico” que permite dotar de unidad a “una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados en lo que se refiere tanto a la materia prima de la experiencia como a la conciencia”. En relación con este punto, se ocupó de subrayar que la clase no era pensada como una “estructura”, ni tampoco como una “categoría”, sino como “algo que tiene lugar de hecho (y se puede demostrar que ha ocurrido) en las relaciones humanas”. De este modo, la “noción de clase” constituye una “relación histórica” en tanto proceso fluido que no puede detenerse para “analizar su estructura”. Esta forma relacional en la constitución de la clase vuelve imposible para el autor concebir a una clase en forma aislada, en este sentido: “la clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultas de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas)” experimentan “la identidad de sus intereses” en tanto, comunes a ellos mismos y opuestos o diferentes frente a los de “otros hombres”.

La historiografía feminista retoma y critica esta propuesta sosteniendo que, si bien estas definiciones tuvieron la virtud de introducir un elemento dinámico en la conceptualización de las clases sociales, esto es las *formaciones culturales*, se limitaron a pensar las condiciones materiales de vida sólo en relación con el control de los medios de producción y, por lo tanto, a plantear la diferencia de clase como fija, estable y eterna (Scott, 1996). Esto lleva, invariablemente, a establecer un *quid pro quo* al atribuir al conjunto de la clase las propiedades que caracterizan a un sector acotado dentro de ellas, por ejemplo, al contar la historia de los trabajadores varones como la del conjunto de la clase obrera. Frente a esto lo que se propone es considerar la diferenciación social tal y como se expresa en historias particulares (Scott, 1991). Este es el método con el que trabajamos en esta ponencia, comenzando en lo que sigue por situar histórica y territorialmente la planta social.

2. Las “plantas sociales” como ámbito de trabajo

Desde 1977 el sistema de tratamiento de los residuos urbanos en el área metropolitana de Buenos Aires consiste en el enterramiento en rellenos sanitarios administrados por la

Coordinación Ecológica Área Metropolitana Sociedad del Estado (CEAMSE). Desde 2009 el único relleno que funciona en plenitud es el ubicado en el Complejo Ambiental Zona Norte III situado en el límite entre los municipios de Tres de Febrero y General San Martín. Uno de los límites del relleno es la Autopista del Buen Ayre. Cruzando la autopista, en San Martín, se erige un conjunto de asentamientos precarios a los que se identifica como Área Reconquista debido a que el río del mismo nombre atraviesa esta zona

Las personas que allí viven, entre las que predominan las mujeres con hijos/as a su exclusivo cargo, señalan que su “vida está marcada por la basura”. El agua que consumen habitualmente está contaminada, como los suelos y el aire. Edificaron sus hogares en predios en los que durante años funcionaron basurales clandestinos a cielo abierto (Shammah, 2007).

Muchos/as de los/as vecinos/as son “quemeros/as”. Ingresan regularmente al relleno sanitario, al que llaman “la quema”, a procurarse “mercadería” o “materiales” que consumen o venden. Quienes no ingresan tampoco son ajenos/as a esta práctica: “saben donde conseguir rescates”, es decir insumos o productos que se venden a bajo costo por haberlos recogidos en el relleno. Esta práctica, tan habitual, está formalmente prohibida. Esta contradicción resulta en una alta exposición de los/as quemeros/as a todo tipo de violencias, entre sí y frente a los/as custodios/as del predio. Un caso paradigmático este sentido fue la desaparición de Diego Duarte³, joven residente del área Reconquista, cuyo caso fuera ampliamente cubierto por medios locales y extralocales⁴.

En este marco, y en un contexto de creciente presión para incorporar a quemeros/as y cartoneros/as como parte integrante de un modelo sustentable de gestión de los residuos, el CEAMSE acordó con el estado provincial una serie de medidas destinadas tanto a atender los conflictos locales como a adecuarse al nuevo contexto institucional y político. Una de ellas fue la promoción, a partir de 2004, de plantas de clasificación de residuos, emplazadas en el predio que rodea el relleno de Zona Norte III. Algunas de estas plantas fueron construidas con el apoyo provincial y adjudicadas a líderes locales para que “incluyeran” a “las familias humildes que residían en la zona” en el “circuito formal” de la basura. Se les llamó “plantas

³ Diego Duarte desapareció la noche del 15 de marzo de 2004. Había ingresado al relleno sanitario a buscar metales con su hermano para que éste pudiera comprarse zapatillas nuevas con las que asistir al colegio. Según denunció este último, fue enterrado bajo una montaña de basura por una retroexcavadora. El cuerpo de Diego aún no fue encontrado y las circunstancias de su desaparición no han sido esclarecidas judicialmente.

⁴ Para comprender la notoriedad del caso hay que tomar en cuenta que la denuncia por su desaparición fue respaldada con varias organizaciones de la zona, dirigentes de partidos de izquierda y representantes de organismos de derechos humanos que tomaron conocimiento de la situación merced a la militancia barrial de la hermana de Diego, Alicia. A partir de este hecho fue posible debatir abiertamente la situación de los/as vecinos/as del área Reconquista tanto respecto a su dependencia del relleno sanitario como a los riesgos para su salud e integridad física que asumen cotidianamente (Cross, 2010).

sociales” para distinguirlas de las “privadas” concesionadas a empresas. Como requisito se exigió la formalización de cooperativas de trabajo, conforme a los principios de “economía social” (Cross, 2010). Así fue presentado este proyecto en un documento web de CEAMSE:

En las inmediaciones del Complejo Ambiental Norte III surgieron organizaciones de base, que representan a la gran cantidad de familias humildes que viven de la separación y venta de residuos. La consecuencia fue el ingreso ilegal de personas indigentes al frente de operaciones del relleno que, además de generar diversas dificultades en la disposición final de los residuos, se exponen a contraer infecciones o sufrir cortes o heridas. Y, lo que es más grave, ponen en riesgo sus vidas al desplazarse entre maquinarias de gran porte. Los equipos interdisciplinarios formados por CEAMSE están trabajando para orientar y dar un marco de contención social a estas personas que se encontraban en el mayor desamparo, para que dieran los pasos a fin de constituirse en asociaciones civiles. Y que así sus integrantes encontraran en las plantas sociales su acceso al sistema formal de trabajo. (Extracto del “Informe Especial”, titulado: “Ceamse: De la Disposición final al Tratamiento y Reciclaje”. Año 2005. Disponible en: http://www.ceamse.gov.ar/revista/revista21/N_21_notas1.pdf, 02/03/2010.

Este fragmento muestra la caracterización que se efectúa desde CEAMSE de la población que habita las inmediaciones del relleno, a la que se describe en términos de “familias humildes que viven de la separación y venta de residuos” que se “encuentran en el mayor desamparo”. El “desamparo” en que viven las familias se asocia con su incapacidad de “acceder al sistema formal de trabajo”. Reconociendo el ingreso regular de los/as habitantes de la zona al relleno, se responsabiliza por esto a las “organizaciones de base”, atribuyéndoles de este modo la responsabilidad por los riesgos que esto acarrea, sobre todo frente a las “máquinas de gran porte” que operan en ese sitio.

Así, se instala la contraposición formal-legal-seguro vs informal-ilegal-peligroso, presentando a la empresa como agente que promueve el mejoramiento de las condiciones de vida en el barrio a través del programa de plantas sociales. Esto se lograría no sólo facilitando el acceso al “sistema formal de trabajo” de los/as “indigentes” que acceden al relleno sino asistiendo a las organizaciones de base a través de sus “equipos interdisciplinarios”. Las plantas sociales son presentadas como las vías de acceso al empleo formal y la conformación de asociaciones civiles, bajo asesoramiento de la empresa, como el medio para brindar “contención social”.

La planta social Eco Solidaridad es una de las plantas sociales construidas en el marco de este programa. Su construcción fue gestionada por una organización local, a la que llamaremos 21 de septiembre, conformada en un proceso de toma de tierras a fines de los '90. Los fondos para la puesta en marcha de la planta fueron aportados, mayoritariamente, por el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, aunque también se contó con subsidios de su homónimo en Provincia de Buenos Aires y algunas ONGs nacionales, estadounidenses e italianas. Dada la complejidad del proyecto, por su envergadura y la cantidad de dinero en juego, participaron

del proceso, profesionales y técnicos, por su cuenta o en representación de universidades y organismos de ciencia y técnica. Como parte de un equipo de investigación con sede en el CEIL-PIETTE, colaboramos con Eco Solidaridad desde su formulación inicial en 2004, durante la construcción de la planta y desde su puesta en marcha en marzo de 2009.

La planta opera con unos 45 trabajadores/as en un único turno que se extiende entre las 8 y las 17 horas⁵ de lunes a viernes y entre las 9 y las 13 los sábados. La mayor parte de los/as trabajadores/as residen en las inmediaciones de la planta, tienen entre 18 y 55 años y la cantidad de varones y mujeres es similar.

El proceso de trabajo está organizado en dos circuitos denominados “*domiciliario*” y “*privado*” en función del tipo de camión recolector sobre el que operan.

El circuito *domiciliario*, que involucra entre 5 y 9 camiones por jornada, comienza con el ingreso al predio de la planta de un camión de recolección que descarga todo su contenido en una tolva. En ese lugar dos trabajadores –habitualmente de menos de 30 años, siempre varones- operan sobre las bolsas con sendos tridentes para favorecer su elevación hacia una cinta transportadora ubicada a unos cuatro metros de altura. Una vez allí, dos o tres trabajadores/as desgarran las bolsas y comienzan con el proceso de clasificación. A lo largo de la cinta hay 16 recipientes huecos –ocho a cada lado- en cuya salida externa se ajustan bolsones ajustados mediante cintas plásticas o bien se ubican carros con ruedas en los que se recogen distintos tipos de residuos preclasificados en la cinta. Cada trabajador/a tiene a su cargo dos “bocas” ubicadas una a su izquierda y otra a su derecha. Dos personas, habitualmente varones, se encargan de reemplazar carros y bolsones cuando se llenan, trasladando los que están completos a las posiciones del “piso” en las que se efectúa una clasificación detallada.

Lo que no es recogido, el “rechazo”, es conducido por la cinta a unos contenedores ubicados fuera de la planta. En el interior de estos contenedores, llamados “roll off”, se ubican dos varones, usualmente menores de 30 años, que “acomodan el rechazo” para aprovechar al máximo la capacidad de esos contenedores⁶. Una vez llenos, los roll off son descargados para su enterramiento en el relleno sanitario por personal del CEAMSE.

⁵ Si bien el propósito era operar en dos turnos se enfrentan a dos limitaciones. En primer término que la incorporación de otros 45 trabajadores/as implicaría el pago adelantado de 3 meses de seguros contra accidentes que no pueden afrontar por el momento. En segundo término, se teme que esa incorporación impacte negativamente sobre las mejoras en la productividad alcanzadas por el primer turno, reduciendo los ya de por sí magros ingresos. Tómese en cuenta que el monto de los retiros depende de lo recaudado cada quincena.

⁶ Cuando éstos se llenan hay que detener la cinta y pedir su reemplazo a personal del CEAMSE, de ahí que la productividad de todo el proceso dependa en buena medida de que este trabajo fuera bien realizado.

El trabajo en la cinta es considerado como el “más sucio” y el más expuesto a olores desagradables, sustancias peligrosas y objetos cortantes. Es habitual que los/as trabajadores/as tengan lastimadas sus manos, aún cuando utilicen guantes, debido a que operan en un ambiente sumamente húmedo. Las personas que trabajan en la tolva y el roll off literalmente sumergen su cuerpo en montañas de bolsas con basura y realizan un enorme esfuerzo físico que les provoca dolores en piernas, espalda y brazos. Quienes se desempeñan en la parte alta de la cinta suelen quejarse de dolores en la cintura –por estar parcialmente inclinados- y en las piernas –por permanecer parados/as por largos períodos.

El circuito *domiciliario* continua en el “piso” con tareas que se encomiendan mayoritariamente a mujeres. Allí se trabaja con los carritos y con los bolsones efectuando una separación más detallada. En algunos casos esto implica separar materiales por color, en otros “limpiar” lo recogido, por ejemplo, quitando tapas y etiquetas a las botellas. Dependiendo del material, ese puede ser el final del proceso o una etapa previa al “prensado”. La planta cuenta con dos prensas neumáticas manejadas por varones –generalmente mayores de 30 años- quienes no sólo se ocupan de operarlas sino de chequear que los procesos de clasificación previa hayan sido efectuados adecuadamente. De ahí que esta tarea sea considerada entre las más calificadas.

Por su parte, el circuito *privado* comienza con la llegada, mucho más irregular y aleatoria, de camiones que transportan residuos sólidos generados en empresas o grandes establecimientos comerciales. Estos camiones son muy apreciados porque transportan materiales de “mejor calidad” y más “limpios”.

Hay un grupo de unas 10 personas que se desempeñan en el “piso”, encargadas de descargar estos camiones en el menor tiempo posible, haciendo un proceso de preclasificación que permita conservar los materiales. Luego de esa preclasificación se pasa al trabajo de “piso” y, de ser necesario, a la prensa.

En este circuito, que suele ser un poco más “limpio”, es recurrente que los/as trabajadores/as sufran dermatitis por trabajar a la intemperie y fuertes dolores de espalda y brazos, porque deben inclinarse sobre el suelo y transportar pesadas cargas para descargar los camiones

En cuanto a la asignación de jerarquías y responsabilidades ese primer año fue sumamente complejo. Si bien los/as líderes de 21 de septiembre declararon que buscaban favorecer un proceso participativo esto continúa siendo una deuda pendiente. Uno de los principales escollos fue la resistencia de muchos/as de los/as trabajadores/as a sumarse a instancias de decisión colectiva por razones que invocaban desde sus responsabilidades familiares –“no me puedo quedar, tengo que volver a casa”-, su desconfianza respecto a esas instancias –“si no

hay alguien que mande, esto no va a funcionar nunca”- y hasta su desinterés –“yo lo que quiero es trabajar, cobrar e irme”.

Visto ese panorama se incorporó un taller semanal –que durante el primer año hemos coordinado- con el propósito de sentar las bases para un funcionamiento más acorde con la lógica asociativa y acordar participativamente ciertas pautas reglamentarias. En el reglamento confeccionado participativamente –que resultó poco democrático- instauró que la autoridad fuera ejercida por personas escogidas por la organización. En ese marco se designó una coordinadora, encargada de asignar roles y puestos de trabajo, que podía aplicar sanciones disciplinarias pero no desvincular por su cuenta a un/a trabajador/a. También fueron elegidos los encargados, dos varones, que estaban a cargo de las decisiones estratégicas tales como incorporar trabajadores/as, desvincularlos/as, comercializar la producción, contratar servicios y gestionar los contactos con otras agrupaciones. Esta distinción reproducía la lógica referente/dirigente de las organizaciones de desocupados (Cross y Freytes Frey, 2007), pero también la generización de los ámbitos puertas-adentro (habilitados a las mujeres) y puertas-afuera (monopolizados por varones).

No obstante, en el colectivo de trabajo la distribución de tareas y la atribución de saberes descansaban de hecho sobre el reconocimiento de las dos capacidades más valoradas en la planta: la fortaleza física y el conocimiento de los materiales. Sobre esta base se distribuían los roles y, como se ha visto en la descripción previa, existen roles “de varones” pero no “de mujeres”. Los varones jóvenes son considerados fuertes y aquellos que tienen más de 30 años y han trabajado en otras plantas son reconocidos como expertos, ninguno de estos atributos es reconocido a las mujeres.

Sin embargo, mediante la observación del proceso de trabajo se ponía de manifiesto que existían otros principios que establecían si no jerarquías, al menos afinidades, que se enunciaban como “de dónde venía” cada quién, si tenía o carecía de “cultura del trabajo”. Estos principios *justificaban* los modos de agruparse para almorzar o participar de un taller, la forma de dirigirse y hasta en los silencios. Las connotaciones de estas expresiones se pueden apreciar en los relatos de vida con los que se trabaja a continuación.

3. Azucena: Trabajo y libertad.

Azucena tiene 51 años y nació en Tucumán, en una familia que define como “gente de plata”. Su madre abandonó el hogar siendo ella muy pequeña y su padre, que era ingeniero, murió tiempo después. Tenía 3 años. Entonces la “trajeron a vivir a Buenos Aires”, a San Martín, con un hermano mayor, nacido de un matrimonio anterior de su padre.

Hizo la primaria y la secundaria “en colegio privado”, porque su hermano “pagaba la cuota” para que ella fuera “alguien”. Hubiera seguido estudiando, quería ser ingeniera, pero a los 17 años la mujer de su hermano la “echó de la casa”. Ella estaba terminando el colegio secundario y empezó a trabajar en un taller de bordado.

Rápidamente aprendió el oficio y por su “prolijidad” y “velocidad” pudo “progresar en el trabajo”. Luego de muchos años, a fines de los ’80, “cuando todas las textiles comenzaron a teclear”, la empresa en la que trabajaba cerró. Entonces, comenzó a trabajar *a façon*⁷ para “negocios de ropa de Capital”. A fines de los ’90 tuvo que cerrar su taller y, casi al mismo tiempo, le diagnosticaron una enfermedad degenerativa, razón por la cual supo que no iba a volver a conseguir empleo. Entonces comenzó a “ir a la quema” a buscar retazos con los que confecciona ropa para bebés y niños/as que una sobrina comercializa en Tucumán. Con esto “se las rebusca” para vivir y darle una educación a su hijo, Esteban. Dice que es mejor a “que te den”, porque ella no soporta que le tengan “lástima”, que le “den limosna”, si ella tiene “dos manos y una cabeza para ganar el pan”.

Para poderse “renovar” copia los moldes de las marcas de moda y, según dice, tiene “buenos precios” porque “no paga la tela”. Eso le permite vender su producción en San Miguel de Tucumán, donde la “ropita linda no llega o es muy cara”. Con esto “va tirando,” aunque preferiría “trabajar en una empresa, en un taller, no en su casa”.

Algunos aspectos de la historia de Azucena parece coincidir con la caracterización más difundida de los/as quemeros/as: frente a la desindustrialización, ella, que era una trabajadora calificada, primero establece una relación precaria con una empresa y luego debe recurrir al relleno sanitario en busca de recursos para la subsistencia.

Sin embargo estos recursos no son alimentos o materiales para vender, sino materia prima para producir. Y el modo en que ella produce muestra sus competencias técnicas y comerciales. Azucena obtiene materias primas entre lo que descartan los talleres que trabajan para grandes marcas, copia modelos de las empresas líderes, poniendo la “ropita linda” al alcance de aquellas personas que no acceden -ni siquiera- a los circuitos de comercialización de estas grandes marcas. A esos fines, introduce innovaciones basadas en la producción de pequeños volúmenes de prendas con valor agregado –en términos de diseño y confección– destinadas a un mercado muy específico: familias con bajo nivel de ingreso que habitan en la ciudad de San Miguel de Tucumán.

⁷ Esta expresión indica que realizaba el trabajo para terceros que requerían una determinada cantidad de prendas, para lo cual aportaban los moldes y la materia prima.

De hecho, esta situación hace pensar acerca de las connotaciones de la expresión “rebusque”. Azucena sabe coser y manejar su negocio y por eso se las puede “rebuscar”. Sin embargo, este rebusque constituye una alternativa degradada respecto a lo que anhela realizar: trabajar en una fábrica, fuera del hogar.

Eso la llevó a “anotarse” para trabajar en la planta social cuatro años antes de que comenzaran las actividades y no dejó de acercarse ni una sola semana preguntando por los avances del proyecto. Consultada acerca de su perseverancia me respondió: “Para mí este es el último tren, es mi última oportunidad de conseguir trabajo”.

Cuando la planta comenzó a funcionar en marzo de 2009, ella vivió una de los “días más felices” porque no “sabía si llegaría a ver” la planta en funcionamiento “alguna vez”. Hoy trabajar regularmente –en la medida en que su enfermedad se lo permite- y habitualmente está destinada al “privado”.

A cuatro o cinco meses de haber comenzado a trabajar, le pregunté a Azucena como se sentía con el trabajo. Ella me recordó que no “vivía de eso” porque si no se hubiera “muerto de hambre”, el “retiro” alcanzaba a \$ 400 por quincena y eso no era ni la mitad de lo que ella obtenía con “su negocio”. Entonces me contó cómo creía ella que “debían hacerse las cosas” en estos términos:

El estado nos tendría que garantizar nuestro salario, porque esto que hacemos nosotros de clasificar la basura es un beneficio para ellos, flor de favor que les hacemos nosotros al separarle la basura y ellos nos tendrían que pagar un buen sueldo, en blanco, digno, que te alcance y no está miseria que nos estamos llevando...Igual esto es mejor que nada, porque a mí me gusta trabajar, trabajar en sí es una sensación linda.

En este fragmento Azucena identifica al estado como principal beneficiario de la tarea que se realiza en la planta, en tanto principal agente en la gestión de los residuos. Por eso, estima que la remuneración que perciben los/as trabajadores/as de la planta no debiera acotarse al producto obtenido por la venta de los materiales sino al servicio que prestan. Entonces, aún cuando la planta sea una cooperativa, hecho que ella no toma en consideración, no considera que la mejora de los ingresos deba provenir de una mayor productividad sino de un reconocimiento del estado a su aporte, a ese “gran favor” que implica reducir el volumen de materiales a enterrar.

Una interpretación posible al respecto es que, a pesar de que hace largos años que Azucena no trabaja en relación de dependencia, su mirada respecto al trabajo está siempre próxima a la idea de empleo. Por eso lo que reclama es un “salario”, que fuera “digno” en términos de garantizar beneficios sociales pero también en cuanto a su monto: “que alcance”.

A pesar de trabajar en la planta ella no dejó su “negocio”, en parte debido a los magros ingresos que obtiene en Eco Solidaridad. Además, como ha sido descripto en el apartado anterior, las condiciones de trabajo son sumamente duras y la jornada de trabajo prolongada. Entonces, ¿por qué Azucena sigue concurriendo a trabajar? Su *justificación* es simple en su contundencia: “le gusta” “trabajar en sí”, le produce “una sensación linda”.

De este modo Azucena introduce una jerarquización en cuyo tope está el *empleo*, como actividad remunerada “dignamente”, en cuanto a los beneficios y al “sueldo” en sí que no sólo “alcanza” sino que garantiza ciertos beneficios.

Luego el *trabajo* como espacio de sociabilidad, como fuente de satisfacción personal. Esta satisfacción reside, sobre todo, en la pertenencia a un colectivo de trabajo. Para Azucena, la *capacidad* necesita ser reconocida mediante la pertenencia a un colectivo de trabajo, por eso no alcanza con aquello que se hace “sola”, en el hogar, aún cuando esto permite obtener dinero y suponga movilizar competencias comerciales y del oficio.

En tercer lugar el *rebusque* como esa actividad que permite sostener el hogar. A pesar de que *a priori* tener “su negocio” podría ser pensado como una fuente de mayor estima social –por el tipo de tarea de que se trata, porque le aporta mayor remuneración, porque implica movilizar competencias técnicas y comerciales – para Azucena no parece ocupar un lugar preponderante. De hecho, pareciera que los recursos que obtiene confeccionando y vendiendo ropa para bebés le permiten *darse el gusto* de trabajar en la planta.

El último lugar en jerarquía es la *limosna*, que *te den*. Eso es lo que ella rechaza de plano, porque constituye la negación absoluta de sus capacidades, de lo que puede hacer por sí misma, en tanto tiene “dos manos y una cabeza”.

Sin embargo lo que encierran estas afirmaciones se vuelve mucho más claro cuando responde a la pregunta acerca de qué futuro le gustaría para su hijo. Ella cuenta que de eso se está ocupando “muy bien”. Puntualmente, y desde hace 10 años, paga las cuotas de un colegio parroquial al que lo envía para que sea “más persona” pero también para que reciba una educación que le permita acceder a la universidad (ella desconfía de las escuelas públicas del barrio). Dice que Esteban sueña con ser Ingeniero en Computación y entonces contó que *su* “mayor sueño” era:

[M]andarlo a la Universidad porque eso es lo que te hace libre. Estudiar te hace libre, podés trabajar de lo que te gusta. Nadie te levanta el tono de voz. No tenés que agachar la cabeza. Si te equivocás, lo admitís y si no razonás con la otra persona

En este párrafo subraya este lugar al trabajo como modo de estar en el mundo y la educación como forma de acceder al respeto, a la estima y consideración social. Acceder a un título

universitario permite alcanzar la “libertad”, que en sus términos implica varias cuestiones. Primero, elegir el trabajo, es decir desarrollar aquellas tareas que resultan satisfactorias. Segundo, no tener que “agachar la cabeza”, poder responder si alguien “levanta la voz”. Tercero, tener la posibilidad de equivocarte, admitir que cometiste un error o defenderte si se te acusa injustamente de haberlo hecho. Y eso es lo que ella quiere para su hijo y, podemos agregar, le hubiese gustado conseguir para ella también, si las circunstancias –su salud, sus obligaciones, sus posibilidades- se lo hubiesen permitido.

Esa *libertad* no se asocia ni con convertirse en empresario/a, ni con dejar de trabajar, ni con la ausencia de patrón que podría implicar la conformación de una cooperativa. El tipo de libertad al que Azucena aspira es una libertad asociada con su condición de trabajadora. ¿Qué implica esto? Ciertamente, mucho más que acceder a un salario. La obtención de dinero –al que se puede acceder por medio de un “rebusque”- y hasta el reconocimiento de ciertos derechos sociales parecen ocupar un lugar subordinado en su discurso respecto al trabajo como modo de ser-en-el-mundo y de relacionarse con otros/as. Vemos entonces que, como ya había sido señalado en otro contexto por Ricœur (2004), el reconocimiento de capacidades por parte de los/as otros/as permite no sólo instaurar el lazo social sino también afirmar la subjetividad frente a la propia conciencia, permitiendo el reconocimiento de sí como sujeto digno de estima social.

4. Noemí: Entre progresar y estar a la deriva

Noemí es una mujer de 35 años que nació en el sur del conurbano bonaerense. Su papá no sabía leer y hacía changas. Su mamá tampoco había ido a la escuela y, a veces, lavaba “para afuera”. Cuando murió su papá ella tenía 6 años y 2 años después falleció también su mamá. Desde entonces su vida estuvo caracterizada por el sufrimiento y la violencia. Junto a su hermana se mudó con un tío que les “pegaba mucho” y entonces ella comenzó a “escaparse de la casa”, pero “siempre la encontraban” y la “llevaban de vuelta”.

Cansada del maltrato un día se “puso firme” y decidió que no la iban a “encontrar más”. Tenía 8 años. Atravesó toda la ciudad de Buenos Aires y llegó a Retiro. Desde entonces y hasta los 15 fue “una chica más de la calle” y como tal “anduvo durmiendo en las plazas” y “en las estaciones de trenes”. Nunca fue a la escuela y vivía de lo que “conseguía”, “mangueando” o “baldeando veredas”.

Cuando nació su primera hija no quiso seguir en la calle. Y por medio de un familiar, se reencontró con su hermana Puchi y se mudó a una casilla en el Área Reconquista. Así comenzó para ella una nueva etapa en su vida, según cuenta en lo que sigue:

Yo en la calle más que nada manguéaba, baldeaba una vereda y con eso iba tirando [...] Cuando vine acá [se refiere al área Reconquista], yo no sabía lo que era juntar botellas ni nada. Mi hermana me dijo: Andá allá a la vuelta, que allá hay botellas y diarios a levantar, que yo levanto de ahí. Llevé una bolsa y me puse en una parada de colectivo. y yo vi y seguí de largo; y fui y le dije a mi hermana que no, que no había nada [...] Y un día me acuerdo, el tercer día, Puchi me persiguió y me agarró de la espalda y me dijo: Agachate y levánta eso, me dijo, si vos no conseguís un trabajo, me dijo, tenés que hacer esto para alimentar a tu hija y criar tu hija. Y yo llorando le decía que no, que eso no era mi vida... ¿Y qué vida querés?, me dijo, ya está tu hija [...] Porque yo trabajo, no, nunca lo tenía o que te piden muchas cosas que si vos tenés estudio, yo de estudio, cero, ¿entendés?...

La primera experiencia que Noemí identifica como cercana a una actividad laboral es el cirujeo y, según cuenta, le costó muchísimo comenzar pero lo hizo para poder afrontar la crianza de su hija. Y de algún modo esta actividad aparece asociada a la idea de establecerse en un lugar, dejar de ser una “piba de la calle”, asumir su responsabilidad como madre. La escena que ella relata para contar como “empezó” la muestra a ella en actitud indolente, no se quiere “agachar” y a su hermana recordándole sus responsabilidades, enseñándole a trabajar. Ya desde el principio Noemí proyecta una imagen degradada de sí, al menos en cuanto a las capacidades que ella misma (no) se reconoce. Atribuye a su hermana el rol activo, ella es quien no sólo le enseña a cirujear –indicándole donde buscar materiales, cómo hacerlo- sino también quién le marca sus responsabilidades como mamá. Entonces es posible ver que si Azucena se presenta como una mujer dispuesta a enfrentar la adversidad, Noemí parece situarse a la deriva. La impotencia desde la que se construye Noemí es la principal muestra de su imagen degradada, como también ha sido observado por Ricœur (2004), una persona a quién no se le reconocen capacidades no es responsable, pero tampoco sujeto de estima social. Respecto al cirujeo, el status que Noemí le otorga como actividad es difuso. En primer término lo sitúa por encima de “baldear veredas” o “manguear”, lo que en los términos anteriores sería la *limosna*. La continuidad que exige la tarea, el hecho de que la consecución del dinero esté más mediatizada (hay que encontrar los materiales, clasificarlos, llevarlos a vender) indicaría un momento de cambio en su vida, un quiebre de la mamá que debe ser con la actitud indolente de la “piba de la calle” que era. Este mandato, la contraposición entre la vida que *querés* y la vida que *podés* llevar cuando *sos* madre, es presentado como la *justificación* para asumirse su responsabilidad.

Con el tiempo fueron llegando más hijos/as y cada vez se le hizo más difícil asumir sus responsabilidades. En 1998, en el marco de un proceso de tomas que se extendió por todo el área Reconquista, Noemí se sumó a 21 de septiembre. Primero como una mamá que llevaba a sus hijos/as al comedor y luego asumiendo distintas actividades “comunitarias” como limpieza del centro, preparación de alimentos, organización de actividades recreativas, etc. En

uno de los diálogos que mantuvimos en estos años, ella se mostraba “muy orgullosa” del camino recorrido en la organización porque “empezó como asistida” y a partir de sumarse a la organización como “una compañera más” había comenzado a hacer “cosas por los demás”.

Este status la llevó a seguir de cerca las actividades previas a la puesta en marcha de la planta y acrecentó su entusiasmo de sumarse como trabajadora: “Para mí va a ser la primera vez”, decía pocos días antes, “espero que pueda aguantar el ritmo de ir todos los días”. Al principio fue destinada a la cinta, pero como “no andaba bien” la coordinadora le indicó que “bajara al piso”. Noemí se sintió decepcionada de que “no le dieran tiempo para aprender” pero, fundamentalmente, muy afectada por no ser tratada como “una compañera”, en referencia al pasado común como parte de 21 de septiembre. Así explicó su malestar

Porque yo no lo quise... yo los quiero mucho, te digo la verdad, a pesar de todo... Ellos son como que son mi familia, ¿me entendés? Y yo nunca los quise traicionar, irme a otra planta, irme a conseguir otro... Porque si yo me iba a cualquier a otra planta... yo voy presento, lloro un rato, les digo que tengo tantos hijos, no tengo para darles de comer, yo quiero trabajar... A mí me iban a tomar.

La apelación afectiva de Noemí en relación con el trabajo se mantiene vigente aún con relación a la planta. Los argumentos que exhibe no se relacionan con la puesta en juego de sus *capacidades* sino de sus *necesidades*, reforzando esta imagen de impotencia que también se refleja en otros tramos de la entrevista. Estos argumentos constituyen, a su vez, *pruebas* de su lealtad hacia la organización por haberse reservado para *esa* planta, a pesar de haber tenido posibilidades de “presentarse” en otra. Y lo ha hecho para no *traicionar* a sus compañeros/as de 21 de septiembre a quienes considera como “su familia”.

En este párrafo se subraya una vez más que las capacidades que reivindica para sí Noemí están ligadas a cuestiones afectivas, sobre todo en términos de relaciones familiares, donde ella es casi siempre un agente pasivo, lo cual no le permite superar ese lugar de dependencia respecto a otros/as. Todas las teorías sobre la subjetivación colocan los lazos familiares como primera experiencia de vinculación con el otro, pero también como prerrequisito para establecer relaciones de reciprocidad ampliada primero y generalizada después (Ricoeur, 2004). Las carencias afectivas de Noemí es su infancia, su falta de experiencia escolar y laboral, parecen haberla dejado *detenida* en esa primera etapa.

No obstante, a pesar de sentirse decepcionada, también manifiesta que comenzar a trabajar en la planta social le permitió hacer un importante cambio en su vida. En efecto, este “primer trabajo” marcó varios cambios en su rutina y en la de su familia que en la actualidad está integrada por cinco hijos/as y dos nietos/as. Así lo contó:

Cambia, si [...] De levantarte temprano, de que sabés que tenés un horario, ¿entendés?, que tenés que levantarte y tenés que venir, ¿entendés? Agachar tu cabeza y venir ¿Me entendés? Yo te digo la verdad, mis hijos antes a mí no me importaban si iban al colegio o no iban al colegio, me importaba tres carajos. Pero hoy por hoy, yo me levanto cinco y media, seis los despierto, seis y media están parados en la parada del colectivo para que los lleve. [...] Eso es muy importante, para mí es muy importante ¿Entendés? Los logros que yo estoy haciendo con mis hijos. Es un poco como que me ordenó... la vida... Me la ordenó, sí...

En este párrafo, una vez más, Noemí relaciona su actividad laboral en estrecha proximidad con su forma de ejercer la maternidad. A ella le costó mucho al principio levantarse temprano y resignarse a cumplir un horario y a presentarse diariamente a trabajar. Sin embargo, se habituó a hacerlo y esto la llevó a cambiar el vínculo que tenía con sus hijos/as y le permitió asumir con mayor naturalidad ciertas obligaciones. La que ella resalta especialmente es la de levantarse temprano para asegurarse de que ellos/as también lo hagan y se preparen para asistir a la escuela. Este cambio ella lo ve como uno de los “logros” que alcanzó con sus hijos/as a partir de su vinculación con la planta. Es notable como, una vez más, ella pone como un déficit propio –“me importaba muy poco”- su inconstancia en el acompañamiento de los/as niños/as para que pudieran completar su educación y pone “afuera”, en el hecho de haber conseguido un trabajo, la virtud de haber alcanzado esos “logros”, que vinieron aparejados al cambio de rutina. Este “ordenar” la vida es explicado casi totalmente por las obligaciones que le impuso su trabajo en la planta social.

También alude al trabajo, una vez más, en términos de “agacharse”, como una situación de subordinación. De hecho, Noemí suele caminar con la espalda encorvada. No obstante, su mirada es sumamente desafiante y su cuerpo está en un estado de tensión permanente. Ella se “agacha”, pero no es complaciente ni sumisa. En otra ocasión me había dicho: “Yo parezco mala, pero no soy. La calle te deja así, desconfiando, siempre lista para pegar o para salir corriendo”. Y, creo que esa es la mejor forma de describir la actitud de Noemí: siempre apenas contenida, siempre a la defensiva. Sin embargo, esta primera experiencia de trabajo cotidiano y reglamentado del que ella carecía le permitió asumir responsabilidades respecto a sus hijos/as de las que no se sabía capaz. Esto muestra claramente como ciertas experiencias fundan posibilidades de *reinvidicar para sí ciertas capacidades*.

Consultada ella también acerca de lo que esperaba para sus hijos en el futuro esto fue lo que dijo:

De que ellos que sean ellos, que tengan un estudio, como te digo, un trabajo digno. Que amen a su familia, una familia normal. Que tengan sus hijos, que aprendan a enseñarles,... que no estén pasando lo que ellos pasan hoy en día cuando por ser chicos que por ahí tienen que salir a pedir. Yo lo que deseo para ellos es que tengan un buen trabajo, que ellos puedan tener un trabajo, cómo te puedo decir, una fábrica...

Como en las demás reflexiones de Noemí, en este párrafo lo que ella desea, lo que le parece bueno aparece colocado fuera de sus posibilidades, como algo ajeno. Que tengan una “familia normal” a la que amen y que “sean ellos”, algo equiparable a la libertad de la que hablaba Azucena. Noemí desea que sus hijos/as terminen la escuela, puedan acceder a un “trabajo digno”, por ejemplo en una fábrica, un “buen trabajo”. Que sean capaces de “enseñarles” a sus hijos/as. Y en este punto ella se vuelve a colocar en falta: Desea que sus hijos/as le puedan enseñar a sus nietos/as, cosa que ella no se considera en condiciones de hacer.

Pero también habla de ciertas situaciones que atraviesan sus hijos/as, que ella también “tuvo que pasar”, como la de “salir a pedir” y ella sabe que eso tiene consecuencias en el futuro, que eso va en contra de lo que ella dice que le gustaría. Pero una vez más, parece que eso no tuviera nada que ver con sus posibilidades. Sabe que *está mal*, pero no parece estar a su alcance modificarlo. O parece que no estuviera en sus posibilidades modificarlo. En este punto es donde la in-corporación de una imagen degradada de sí misma se revela con mayor claridad., porque ella no tiene como *justificar* que sus niños/as no tengan una familia normal, tengan que salir a pedir, no reciban una buena enseñanza en su hogar, aunque sí tiene una justificación para su madre y su padre. Ella y su hermana tuvieron que sufrir porque su papá y su mamá murieron y eso de algún modo los deja a salvo de las impugnaciones. En cambio ella, no puede, no sabe, no se organiza y ve las cosas como “desde afuera”.

Reflexiones finales y aportes

En esta ponencia analizamos los relatos de vida de dos mujeres jefas de hogar que habitan el Área Reconquista, pensado complejamente la articulación entre condiciones materiales de vida y modos de situarse en el mundo, frente a otros/as, a sí mismas y respecto a los objetos. Este análisis reveló que la unidad de la clase trabajadora, al menos en cuanto a los marcos de sentido en función de los cuales se articulan las experiencias, no se sigue linealmente de las condiciones materiales de vida ni de la posición vigente en el mercado de trabajo.

Azucena y Noemí son mujeres con hijos/as a su exclusivo cargo, habitan el mismo barrio y trabajan en una planta social emplazada en el CEAMSE. Ambas recurren al relleno sanitario a procurarse elementos con los que “rebusársela”. Sin embargo, “no vienen de lo mismo”.

Azucena creció con la meta de “progresar en el trabajo”, como un modo de acceder a la “libertad” que implica ser reconocida por otras personas en su condición de trabajadora, a la cual se accede, de acuerdo a su experiencia, mediante la pertenencia a un colectivo de trabajo. A pesar de que no le ha resultado fácil, ella ha buscado incansablemente situarse cercana a esa

condición, que considera “digna”, y se esfuerza para que su hijo pueda acceder a los estudios universitarios que le permitirán ser “respetado”.

En cuanto a Noemí, a ella le pasan muchas cosas, pero casi siempre se presenta impotente frente a lo que le ocurre y necesitada de alguien que la impulse en el sentido que, ella sabe, es el correcto: su hermana, las autoridades de la planta. La única capacidad de que se adjudica es la del afecto, la de no traicionar, en ese punto sí se muestra activa y capaz, sin embargo esta capacidad no es suficiente para atenuar la imagen degradada de sí que compone.

Esta imagen está en estrecha relación –argumentativamente– con la puesta en juego de sus *incapacidades*, su *impotencia*, fundamentalmente para trabajar. Ella no reconoce esas capacidades en su persona, porque –como *sabe* Azucena– dichas capacidades no pueden ser atestadas, reivindicadas individualmente, sino que deben ser reconocidas socialmente mediante la pertenencia a un colectivo de trabajo.

El hecho de que el relato de Noemí se articule casi en oposición al de Azucena no es contradicción ni antítesis sino convergencia en cuanto a los marcos de sentido frente a los que articula el relato de su vida. En ambos discursos el trabajo asalariado calificado constituye el status apreciado, vivir de *limosnas*, del *manguero* es la menos valorada. Las dos comprenden que sus actuales condiciones están lejanas de la formalidad, al menos si tomamos como parámetro el trabajo de “fábrica”, más allá de cómo sea presentado el programa de plantas sociales por parte del CEAMSE. Sin embargo, es a lo que pueden acceder en este momento y para ambas constituye una mejora respecto a su situación inmediata anterior.

¿Qué aportan estos relatos en términos de la caracterización de esta población? En primer lugar que el punto de partida que supone una plena integración de la clase trabajadora en los ’70 a través del salariado industrial, e incluso la existencia de una única configuración de clase asociada al empleo industrial, debe ser revisado. En segundo lugar, y en estrecha relación con lo anterior, esto nos lleva a problematizar las ideas de *precarización* o *inempleabilidad* como modo de caracterizar a esta población. La idea de *precarización* alude a un proceso de cambio en los procesos de movilización de la fuerza de trabajo en lo relativo al tipo de contrato, los derechos sociales reconocidos y las condiciones generales de trabajo (Neffa, 2003). Sin embargo, en situaciones como la de recicladores/as urbanos difícilmente se pueda hablar en estos términos considerando que toda actividad de reciclaje ha estado prohibida (y criminalizada) hasta 2002, merced al proceso de gestión de los residuos sólidos urbanos vigente desde 1977.

En cuanto a la idea de *inempleabilidad* el trabajo realizado también abre algunos cuestionamientos. El criterio de empleabilidad está relacionado con el concepto de

“productividad marginal” central para la economía neoclásica. Desde este enfoque existe una población “inempleable” en tanto su productividad es demasiado baja para ser incorporada en la economía formal, considerada como incapaz de crear el valor necesario para cubrir el costo de su salario. Esta población está destinada –en el mejor de los casos- a recibir formación que les permita incrementar su capital humano o –en el peor- a recibir asistencia de por vida (Gautié, 2002).

Como hemos tenido ocasión de analizar, esta conceptualización implica re-vulnerabilizar a una población de por sí vulnerable. Como hemos visto el reconocimiento social a la capacidad de trabajar constituye una condición insoslayable para que personas como Azucena o Noemí se sientan plenamente integradas desde el punto de vista social. Es decir, estimadas, respetadas y, en tal sentido, libres del menosprecio y el maltrato. Como contrapartida, aquellas miradas que acentúan sus necesidades –antes que sus capacidades- no hacen sino fortalecer una imagen degradada que subraya su impotencia.

De allí que la construcción de enfoques que desnaturalicen tanto la unidad de la clase trabajadora como la idea de un paraíso (irremediablemente) perdido de plena integración social sea el primer paso para romper con el circuito de reproducción de la vulnerabilidad social del que somos partícipes como científicos sociales.

Bibliografía citada.

- Carenzo, Sebastián (2009): Gestionando la (i)legalidad para salir de la (in)formalidad. Desventuras de una “cooperativa de cartoneros” en el mundo de la “economía social”, VIII Reunión de Antropología del Mercosur, Buenos Aires.
- Cross Cecilia y Ada Freytes Frey (2007): “Movimientos piqueteros: tensiones de género en la definición del liderazgo”, *Argumentos*, N° 55, 2007, pp. 77-94, México.
- Cross, Cecilia (2010): “Políticas sociales focalizadas y producción de capacidades colectivas en una organización barrial del Área Reconquista” en C. Cross y M. Berger (comp.): *La producción del trabajo Asociativo: Condiciones, Experiencias y Prácticas en la economía social*. Ciccus, Buenos Aires (en prensa).
- Fraser, Nancy (2000): “Rethinking Recognition”, *New Left Review*, Vol. 3, pp. 107-120.
- Gautié, Jérôme (2002), “De la invention du chômage á sa deconstruction”, *Geneses*, N° 46, pp. 60-76.

- Gustavsen, Bjørn. (2008), “Action research, practical challenges and the formation of theory”, *Action Research*, Vol. 6, N° 4, pp. 421–437.
- Hall, Stuart (1980): “Cultural Studies: two paradigms”, en *Media, Culture and Society*, N°2, pp. 57-72.
- Merklen, Denis (2005): *Pobres Ciudadanos: Las clases populares en la era democrática: (Argentina 1983-2003)*, Gorla, Buenos Aires.
- Neffa, Julio (2003): *El trabajo humano: Contribuciones al estudio de un valor que permanece*, Ceil Piette y Lymen Humanitas, México Buenos Aires.
- Paiva, Verónica (2008): *Cartoneros y Cooperativas de recuperadores. Un mirada sobre la recolección informal de residuos. Área Metropolitana de Buenos Aires 1999-2007*, Prometeo, Buenos Aires.
- Ricœur, Paul (2004 [2006]): *Caminos del Reconocimiento: Tres estudios*, FCE, México.
- Schamber, Pablo y Suárez, Francisco (2002): “Actores sociales y cirujeo y gestión de residuos. Una mirada sobre el circuito informal del reciclaje en el conurbano bonaerense”. *Revista Realidad Económica*, N° 190, pp 29-37.
- Scott, Joan (1991): “The evidence of experience”, *Critical Inquiry*, Vol 17, N° 4, pp. 773-797.
- Scott, Joan (1996): “Feminismo e Historia”, en <http://www.raco.cat/index.php/HojasWarmi/article/viewFile/180658/233152>, 30-09-2010
- Shammah, 2007; Shammah, Cinthia (2007), “Territorio basura”, Primer Foro y Congreso Internacional de Políticas de Reciclado en Grandes Urbes, Buenos Aires,
- Svampa, Maristella (2005), *La sociedad excluyente*, Taurus, Buenos Aires.
- Thompson, Edward P. (1963 [1989]): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Crítica, Barcelona.
- Throop, C. Jason (2003): “Articulating experience” en *Anthopological Theory*, Vol 3 (2), pp 219-241.
- Vasilachis de Gialdino, Irene (2006), “La investigacion cualitativa”. En Irene V. de Gialdino (ed.) *Estrategias de investigación cualitativa*. Barcelona: Gedisa, PP. 23-64.
- Williams, Raymond (1977): *Marxism and Literature*, Oxford University Press, Oxford.